

DUELO EN EL LUGAR MÁS FRÍO DEL MUNDO

POR MARÍA UZÚNOVA

KNIGI NEWS (BULGARIA)

No creía posible que en el mercado literario actual, reducido a lecturas cada vez más breves como diarios y apuntes de un centenar de páginas, apareciera semejante libro. Una obra de casi 500 páginas, pero aun así fascinante, cognitiva, una especie de aventura sobre la aventura.

Porque el libro de Javier Cacho «Amundsen – Scott, duelo en la Antártida» es más que memorable. No simplemente se lee, sino que -por más inesperado que pueda parecer- se siente. Así, mientras el lector avanza a lo largo de las rutas de las expediciones de Scott y Amundsen, siente en carne propia sus batallas y preocupaciones, aunque también se ríe, se maravilla y sobre todo reflexiona sobre el increíble espíritu de los conquistadores de la Antártida.

Escrito con sencillez y oficio, en nuestra tierra decimos de un tirón, el libro es extremadamente preciso en cuanto a la terminología y la veracidad fáctica de la narración. La explicación es simple: es obra de un conocedor del tema. Javier Cacho ha sido miembro de seis expediciones antárticas, lo que le permite hacer no solo una revisión a fondo de la proeza de sus antecesores, sino aclarar, discretamente, desde una perspectiva contemporánea, hechos que habían quedado poco claros hasta el día de hoy para el público. Para el tono académico contribuye, además, el prólogo de Hristo Pimpirev.

Si nos pudiéramos a pensar en el período de la conquista del Polo Sur – el final de 1911-1912, nos daríamos cuenta que, sin duda, figura entre los más vertiginosos de la historia moderna. Mirándolo desde un ángulo más amplio fue como si unas fuerzas centrípetas empujaran a la humanidad hacia un cambio político y espiritual. Se estaba en vísperas de la Primera Guerra Mundial, uno de los conflictos militares más sangrientos del mundo, en el que se enfrentarían la mayoría de los países europeos. Por otra parte, se estaba construyendo y preparando para navegar uno de los barcos más imponentes jamás creados por mano humana – el Titanic. Y acababa de ser alcanzado el Polo Norte por las expediciones de Frederick Cook y de Robert Peary. Luego, el único lugar que quedaba sin pisar por el ser humano era el Polo Sur.

Podría parecer que el título, y sobretodo la palabra duelo, engañasen al lector, aludiendo que el enfoque del libro será una larga y minuciosa enumeración de las marchas y de los depósitos de esa famosa y vertiginosa carrera entre los dos equipos, el noruego y el inglés, en su afán por llegar el primero al Polo. ¿Es esta la esencia del libro? Sí y no.

En honor de Javier Cacho, debemos reconocer que logra con una maestría extraordinaria evitar la unilateralidad que implica el tema. En realidad él no se limita

a seguir el transcurso de las dos expediciones antárticas más célebres del mundo, las de Robert Scott y Roald Amundsen, sino que retrocede a sus antecedentes, con lo que demuestra que, además de ser un buen escritor, es también un investigador científico de calidad. Así, en uno de los primeros capítulos, sintomáticamente llamado «Los tres grandes», Cacho demuestra su precisión científica, destacando la figura de Ernest Shackleton entre los exploradores antárticos más prominentes.

A partir de este momento Javier Cacho presentará la conquista del Polo no solo en una forma atractiva, sino dentro de su propia secuencia histórica y cronológica, es decir, dará reconocimiento a los logros de varios científicos y exploradores polares que contribuyeron con su labor para que el gran sueño se convirtiera en realidad. Entre ellos cabe destacar al explorador noruego Fridtjof Nansen, padre espiritual y mentor activo en las primeras expediciones de Amundsen, y también al irlandés Shackleton, el primero en acercarse hasta escasa distancia del Polo Sur y el que descubrió y trazó la ruta que en 1911 sería utilizada por la expedición de Scott para atravesar las montañas.

Un acento curioso que envuelve al libro en un aire singular, es la manera de construir la narración. Debo admitir que, después de las novelas de Julio Verne y recientemente del increíble Boris Acunin, hacía tiempo que no había tenido entre manos una lectura más cautivadora que, además, tratase sobre un tema científico. Por otra parte, el intento de Javier Cacho de comprender la naturaleza de los personajes es un verdadero logro.

Precisamente es este enfoque el que convierte al libro en una historia apasionante, destinada a un público más amplio. Y es aquí donde surge la pregunta lógica: ¿por qué hasta ahora no se ha contado de una manera interesante y atractiva, además de precisa y exacta, también otros descubrimientos técnicos?

Esta pregunta es difícil de contestar porque no solo los conocimientos, la experiencia y la capacidad de exponer en forma concentrada un tema, hacen del libro un éxito literario. De hecho, ciertos rasgos y -en mi opinión- el temperamento mismo de Javier Cacho, le permiten hacer la historia viva y real. Sin celos y arbitrariedad, de manera objetiva y dinámica, a veces con una obvia veneración, Cacho describe las peripecias de sus antecesores, sin omitir sus errores, pero también sin quitar la importancia de los aciertos que les conducirán a la gloria.

Y así, de capítulo en capítulo, en pequeños tramos, como si fueran piezas de hielo, construyendo el rompecabezas del dominio paulatino del polo, el autor presenta lo que es una expedición polar. Y empieza por las primeras expediciones del siglo XX: la del Robert Scott y Shackleton con el barco *Discovery* a finales de 1901, la apertura del Paso del Noroeste por Roald Amundsen que le otorga fama mundial.

Esas expediciones fueron verdaderas epopeyas, llenas de nervios y ansiedad por encontrar patrocinadores, equipamiento técnico y miembros apropiados del equipo, ya que eran pocos en aquellos tiempos los que realmente estaban preparados para trabajar en condiciones polares. Es por eso que el autor presenta a los exploradores más celebres, obligados, a veces, a realizar cualquier tipo de acciones, alianzas y compromisos. No menos contratiempos les crean las comunicaciones de entonces. Es inolvidable aquel episodio del telegrama que Amundsen envía a Fridtjof Nansen a cobro revertido, puesto que costaba la respetable cifra de 700 dólares, para anunciarle el descubrimiento del Paso del Noroeste. Lo que iba a ser una exclusiva muy bien remunerado por *The Times*, se quedaría sin recibir la menor recompensa debido a que se filtra la información.

Manteniendo el relato conciso, con humor e ingenio, Javier Cacho presenta asimismo el mundo emocional de los protagonistas que, aunque no lo pensemos, también es uno de los motores de sus acciones. Entre los ejemplos más pintorescos está el episodio de Shackleton con uno de los patrocinadores, cuyo nombre – Beardmore- posteriormente pondría a un glaciar, y quien, según las malas lenguas, le proporcionó los recursos necesarios para la expedición más por alejar al atractivo Shackleton de su esposa, que por financiar la conquista del Polo Sur. Y así, con éste y otros ejemplos, Cacho nos muestra que tras la severa apariencia de los grandes exploradores, se ocultan personas sensibles que, al igual que los demás, sufren, se deprimen y se llenan de dudas.

Al parecer entre los escritores se considera una norma el presentar a los descubridores y científicos como inalcanzables, sin puntos débiles, como si esto pudiera empañarles la gloria. Por su espontaneidad e intento de presentar objetivamente los hechos, el libro de Javier Cacho se acerca a las novelas biográficas de Henri Troyat. Al igual que el maestro francés del psicologismo, creador de los inolvidables retratos de Catalina la Grande, Dostoievski, Pushkin entre otros personajes reales, Cacho nos permite observar la conquista del polo no solo en su aspecto puramente técnico y deportivo, sino también como una competición de personalidades. Por si fuera poco, no teme plantear preguntas «atrevidas» de carácter ético, y que luego resuelve de forma muy personal. Por ejemplo, no acusa a Amundsen cuando cambia de planes y en vez de partir a explorar el Polo Norte, se dirige hacia el indómito Polo Sur, desafiando la expedición de Scott, por lo contrario, considera que su meta realmente justifica los medios. Sin embargo, una vez que los dos equipos se disponen a asaltar el polo, destaca la decisión de Amundsen de buscar una nueva ruta entre montañas y glaciares, y no utilizar la descubierta por Shackleton, como un acto de responsabilidad y de *fair play*.

Entre los méritos importantes del autor figuran no solo describir detalladamente las dificultades de las rutas recorridas en la carrera vertiginosa a

finales de 1911, sino también analizar las características específicas de tan arriesgadas empresas. Incluso, considerando la época en que se realizaron, con el nivel relativamente bajo de las tecnologías de medición y comunicaciones, las expediciones fueron verdaderas hazañas, porque a los jefes se les exigía -además de saber calcular la posición geográfica, que era muy complicado, y de saber cómo sobrevivir en condiciones antárticas- una enorme resistencia física y emocional, así como tener también una inteligencia vivaz para hacer frente a los desafíos que se les presentaban, tan numerosos como las sorpresas de Alicia en el País de las Maravillas. Porque en aquellas pruebas en condiciones extremas lo que estaba en juego era la vida humana. Así, por ejemplo, al describir la marcha que realizaron tres miembros del equipo de Scott en busca de huevos de pingüinos emperadores con 50°C bajo cero, el lector se pregunta cómo es que pudieron sobrevivir esos hombres.

Y llegamos, por fin, a carrera hacia el Polo entre el equipo noruego y el equipo inglés, que Javier Cacho recrea con gran dinamismo. Los capítulos son breves, a veces de una o dos páginas, pero no es el volumen, sino la emoción sintetizada en unas pocas líneas lo que deja sin aliento. Cada día ambos equipos afrontan un nuevo recorrido, sin saber ninguno de los dos grupos qué es lo que está haciendo en ese momento su rival. Y ni hablar de las batallas épicas con la naturaleza: hielo derritiéndose bajo sus pies, trineos motorizados hundiéndose, tiros de perros que se quedan sin comida, encuentros con orcas alrededor de los barcos... realmente: les sucede de todo.

El libro hace, además, un análisis bastante curioso de los preparativos de los equipos, que van a determinar en gran medida el resultado final. A diferencia de Amundsen, que convive largo tiempo con los esquimales canadienses y toma de ellos la manera de vestir y el uso de los trineos de perros, Scott opta por los nuevos desarrollos tecnológicos. Sin embargo, como no eran más que prototipos, le juegan una mala jugada: unos se averían y otros se hunden debido a su gran peso. Por otra parte la elección de caballos es más que desastrosa para su expedición y es aquí donde Javier Cacho hace un análisis exhaustivo sobre las ventajas de los tiros de perros.

No voy a detenerme en la parte más interesante del libro, es decir la carrera de casi dos meses para alcanzar el Polo Sur, dejo al lector que emprenda solo el camino de las dos expediciones hasta el fatídico paralelo 90...

Finalmente, el libro es acompañado por un profuso material ilustrativo: esquemas de las bases, gráficos, imagen tridimensional de la Antártida, numerosas y bellas fotos. Lo último es posible, en gran medida, gracias a que un fotógrafo profesional, Herbert Ponting, se incorporó a la expedición de Scott llevando la tecnología más avanzada de la época. Pese a que parte de las fotografías no son muy claras, no se debe olvidar en qué condiciones fueron tomadas. En cualquier

caso, las fotografías en blanco y negro son testimonio mudo de la voluntad, del afán de gloria, del sempiterno ímpetu del espíritu humano hacia lo infinito... Además, en ellas están captados momentos increíbles como la celebración del cumpleaños de Scott (por desgracia, el último de su vida), las diminutas figuras de hombres y caballos en la inmensidad blanca, los rostros curtidos por el viento y cubiertos de heridas de los expedicionarios cuando fueron en busca de huevos de pingüino emperador. Otras fotografías representan las fiestas humildes en la base de los noruegos, sus actividades y charlas por las noches, antes de comenzar la gran marcha, y por último la pequeña bandera de la expedición noruega que, por expreso deseo de Amundsen, cinco pares de manos plantaron en el Polo Sur.

Porque hoy como ayer, tras «el pequeño paso» para descubrir nuevos mundos, están siempre los esfuerzos y los sueños de todo un equipo.

María Uzúnova

Traducción del búlgaro al español

Manuela Panaretova